

UN EMPLEADO DE BANCA

Manuel Moreno Barranco

Madrid, Diciembre 1958

UN EMPLEADO DE BANCA

Manuel Moreno Barranco

Don Fidel Se hundió en las tinieblas del portal. Se detuvo unos segundos a encender un cigarrillo antes de empezar a trepar por la escalera. La luz de la cerilla le iluminó la cara cansada de rasgos acusados. Miró hacia atrás y sólo captó el ruido de la lluvia cayendo despaciosa e incansable sobre el empedrado de la calle. La noche invernal no era agradable, ni mucho menos.

Con fatigados pasos empezó a subir la mal iluminada escalera. Tenía demasiados años para conseguir agotar de un tirón los cuatro pisos que le separaban de la habitación alquilada por quinientas pesetas al mes. Y el ascensor funcionaba sólo cuatro días a la semana, ¡valiente porquería! De seguro Que no había un vecino en la casa que no se supiera de memoria cada uno de los rasgos de las panzudas letras que un día sí y otro no, en el cartelillo pringoso por el uso, invitaban al ascenso a pie. ¡Qué caramba! No costaría tanto, ya que no había forma de arreglar el ascensor, mandar a imprimir media docena de tarjetas para poner un decente NO FUNCIONA que a lo mejor suavizaba algo la áspera subida. Hasta se podían hacer de colores, para presumir ante los amigos.

El anciano ha llegado al último piso. La luz tristonca que le ha acompañado en la larga ristra de escalones que ha tenido que embaularse, parece hacerse allí un poco más pequeña y triste. ¡Ah! Es que Darío, el paisano, no es amigo de gastar a pesar de tener un buen talego de duros y ha puesto en su descansillo una bombilla de veinte en vez de las de treinta que tienen los otros pisos.

El huésped mete su llavín en la cerradura del piso y entra en la casa. La puerta de entrada da a un pequeño recibidor de losas oscuras, amueblado con un par de sillas, un paragüero y un espejo, debajo del cual hay una consola. Sobre ella, un reloj antiguo de monótono tic-tac cobija a dos amorcillos de loza con los labios demasiado pintados. Don Fidel deja siempre la llave de su habitación detrás del reloj. Mientras la recoge, oye voces en el comedor. Sí, es Darío, que con su voz agria regañará a su hija porque ha gastado demasiado dinero esta mañana en el mercado. Este Darío es de lo que no hay. Menos mal que Leandra, la mujer y Tina, la hija, son distintas. Le guardan consideraciones, tienen detalles. Tina, sobre todo, es una buena chica. Trabaja en un taller de bordado de la calle Jardiel y es guapa, honrada y primorosa. ¡Lástima que no le salga un buen novio! La pretende cada tunante... Menos mal que la chica no es tonta y los cala enseguida.

Con la llave en la mano, don Fidel vacila unos momentos. No, no tiene ganas de escuchar a Darío, de oír sus lamentaciones hipócritas. Pasaría al comedor si sólo estuviesen allí la madre y la hija y Darío se encontrara en la taberna vociferando con sus amigotes y atracándose de vino. Quizá dentro de un rato salga a hacer la sobremesa en la tasca, como tiene por costumbre. Si no estuviera él, se sentaría al brasero hasta que fueran las doce, hablaría de cosas banales con Leandra y Tina y después se iría a la cama reconfortado hasta el día siguiente. Pero esta noche siente asco de escuchar a Darío, no podría soportarlo. Hoy es uno de esos días en los que se encuentra como en carne viva, amargado y entristecido sin saber por qué — o quizá sabiéndolo demasiado — y no dará siquiera las buenas noches.

El Viejo atraviesa el breve pasillo, introduce la llave en la cerradura de su cuarto y entra,

El cuarto resulta más bien un pasillo ancho que una habitación. Tiene un balconcillo al fondo, donde el esmero de la dueña de la casa ha puesto un par de macetas, que hoy se están regando en abundancia con la lluvia que está cayendo sobre Madrid desde el mediodía.

Una cama, una mesilla de noche, un ropero y una mesa con patas que no asientan bien sobre el entarimado, amén de un pequeño lavabo cuyo grifo funciona aproximadamente como el ascensor, ocupan casi todo el espacio disponible en la habitación. También hay un sillón de brazos donde don Fidel cuida muy mucho de no repantigarse demasiado porque cada vez que lo ocupa cruje con sonido alarmante.

El anciano deja su mojada gabardina sobre el perchero que está detrás de la puerta y se quita el sombrero, colgándolo también. Entreabre las puertas del balconcillo y se asoma a la calle. El agua sigue cayendo monótona y el cielo muestra unos manchones negro-grisáceos sobre los tejados de la casa de enfrente. Con un escalofrío cierra y se abrocha bien la chaqueta, porque dentro de la habitación hace fresco y diciembre no viene con bromas este año. Se acerca al ropero y saca de él un libro, volviéndolo a soltar. Allí, unos sobre otros, entre la ropa blanca y las chaquetas colgadas, tiene don Fidel su pequeña biblioteca. ¿Qué leerá hoy? ¿Un libro de Balzac, un ensayo de Stephan Zweig, un tomito de Baroja de los de la colección Austral? Algo alegre que lo entone porque hoy está triste y se siente más sólo que nunca. Sentándose en el sillón, se queda fijo mirando a los libros, abstraído en pensamientos que lo hacen suspirar.

Don Fidel es empleado de un Banco desde hace cuarenta y cinco años y ha enviudado hace dos escasos. Cuando Carlota cayó en cama, él conoció por su expresión que no volvería a levantarse. Fueron tres años que agotaron los recursos amasados durante veinte de ir recortando todos los días una pequeña diversión, un ir a un cine una sola vez por semana, un suprimir el concierto barato que cada domingo se daba en el Monumental, un estirar cada traje un par de años más, todo para tener una vejez sin muchas preocupaciones económicas. Don Fidel pensaba que el retiro del Montepío lo tendría siempre, pero si el coste de los artículos seguía como ahora, bien pronto la pensión se quedaría tan corta que era mejor ir guardando pronto para no verse en necesidad más tarde.

Pero la enfermedad no conoció barreras. Aquel cáncer visto demasiado tarde se chupó varios anticipos que hubo de ir cubriendo como pudo. Y no había solución, ya se lo dijo el doctor, ya se lo dijeron los mejores especialistas. Pero él, empecinado en salvarla, que era como

salvarse a sí mismo, no reparo en nada. Fueron hasta a París, viaje con el que habían soñado siempre, pues el remoto de bodas de treinta y cinco años atrás se había limitado a Barcelona. ¡Triste gracia del destino! A los sesenta años fueron a París a ver a un reputado doctor francés para no recibir ni un átomo de esperanza y volver más pobres y desolados que nunca.

Cuando murió ella, él no quiso seguir habitando en la casa. Era entonces demasiado amarga su soledad y temió volverse loco. No habían tenido hijos y Darío, viejo paisano, propuso alquilarle una habitación en su casa. Allí, le dijo, tendría el calor de un hogar. Aceptó, pero prefirió comer en un restaurante. Aquella su obsesión del hogar perdido no podría reemplazarse con ningún otro. ¡Comer solo en un restaurante a los sesenta y cinco años! ¿Es que no resultaba risible? ¡Bah! cuando uno es viejo y se empeña en una cosa, es mejor ver sirviéndole a la mesa la cara indiferente de un camarero que la de una mujer distinta de Carlota. Y tampoco resulta agradable comer con Darío. Darío es un verdulero de casta y oficio y en su tienda y en su casa saca su vozarrón aguardentoso y su vocabulario de burdel. ¡Qué raro que un hombre hipócrita sea tan basto de hablar! Menos mal que Leandra y Tina compensan muchas cosas.

Don Fidel se ha sentado en la cama con un libro entre las manos. Lo hojea muy despacio. Es una edición barata de poesías de Víctor Hugo. El poeta francés encanta al viejo empleado de banca, que empieza a leerle. Pero al cabo de unos minutos lo deja. No, esta noche no le encuentra sabor a los recios y admirables versos que hablan de batallas, de clarines, de marchas guerreras, de reyes y emperadores solemnes y elocuentes. No, esta noche prefiere las poesías de los bosques, de las flores y los poemas de amor. Abre el libro por las últimas páginas. Sí, allí hay una. Don Fidel lee con lentitud, tras ajustarse las gafas.

*¡Oh! ¿Cómo podré atravesar sin ella los años?
Llévame de esta vida, ¡oh, Dios, llámame a Ti!
No esperes ni un solo día, no esperes ni una hora.
¿Qué va a ser de mí hasta que muera?*

Los ojos de don Fidel, unos ojos viejos y hermosos aún, encerrados entre arrugas pronunciadas, se han quedado fijos sobre la página de letras grandes que amarillea un poco. Se quita las gafas y baja la cabeza.

El veterano empleado de banca ha levantado la cabeza, ha temblado un segundo, un escalofrío le ha recorrido la médula y le ha llegado hondo, él diría hasta el propio corazón. Ha dejado el libro sobre la mesilla de noche con mano poco firme, se ha levantado de la cama y ha empezado a desnudarse. Luego se embute el pijama y se acerca al balconcillo, entreabriéndolo. El agua sigue cayendo pertinaz, una lluvia fina que hace apresurarse a las escasas personas que van por la calle. El reflejo del letrero luminoso de una cafetería hace brillar el agua sobre el empedrado. Son apenas las doce de la noche y nadie circula ya por la estrecha calleja. El último transeúnte acaba de perderse detrás de una esquina.

Don Fidel cierra el balconcillo y se mete en la cama volviendo a coger el libro de versos. Relee el poema. Se queda pensativo, con la cabeza baja, casi sepultado entre las sábanas. Parece como si las cenizas de aquel coloso que amó, gozó y sufrió tanto, tuvieran aún poder para

remover batallas, montañas y héroes y al mismo tiempo corazones diminutos, de esos que aman serena y profundamente en los mayores anónimos.

Los ojos de don Fidel se cierran, evocadores. ¡Recuerda tantas cosas...! La noche de bodas, los bailes de los sábados en la Bombilla, la alegría de ella cuando lograba un ascenso en el escalafón, aquella vez en que Carlota hubo de ser operada y en el que él se pasó cinco días velándola, turnándose con la hermana, tantas y tantas cosas que se han ido ya del corazón...

La lluvia sigue cayendo sobre el balconcillo, Suena una voz más alta en el comedor. Es Darío, que ha vuelto de la taberna. Leandra le chista para que no grite y el hombre, beodo, canturrea...

Don Fidel cierra fuertemente los ojos y se pasa la mano por la cara con un escalofrío. Se levanta y se acerca al balcón, abriendo de par en par las maderas. Sus ojos quedan fijos sobre el letrero luminoso de la cafetería. Le parece escuchar voces extrañas que le llaman a algún sitio desconocido.

Recordando el último verso de Hugo, lo paladea con un regusto amargo que le sube a la garganta. El canturreo de Darío sigue sonando en el comedor. El toc-toc de las gotas de lluvia sobre el empedrado tiene un ritmo inexorable.

En aquel momento, llaman a la puerta.

— ¿Qué?

— ¿Puedo entrar, don Fidel? — es la voz de Tina.

— Sí, entra.

La muchacha ha empujado la puerta. Don Fidel se vuelve y la mira. Tina es alta, tiene la piel blanca y el cabello negro, el gesto dulce y los ojos negros y limpios. Trae un platito en la mano.

—Don Fidel... he llamado porque he visto la luz encendida —vacila un poco— Es que... papá... por ser sábado, ha traído una cajita de carne de membrillo y...

—¡Ah, ya! — don Fidel está distraído, su pensamiento está aún a cien leguas de aquel momento.

—Como sé que a usted le gusta tanto, le traigo en un plato... Don Fidel ha levantado de pronto la cabeza, sus ojos viejos han brillado unos segundos con fuerza, su pecho enfermo de congoja, parece dilatarse de repente, respirando un aire nuevo, sus labios han tenido un imperceptible temblor. Hace un ademán, indicándole la mesilla de noche, mientras cierra las maderas.

—Gracias, Tina, puedes dejarlo ahí. Dile a tus padres que gracias, que muchísimas gracias...

La muchacha le ha mirado sorprendida ante la efusión, poco común del huésped. Luego cierra la puerta, murmurando un hasta mañana, apenas audible.

Don Fidel se sienta en la cama y mira, el plato, pensativo.

Luego, en su cara, se insinúa una débil sonrisa...

Enviado a “Sur”
Buenos Aires el 15-8-1959

Manuel Moreno Barranco
Hôtel Varlin
12. Rue Eugène Varlin
PARIS X°

<http://www.manuelmoreno.info/principal.html>